

De Sevilla a Madrid por Granada y Murcia y regreso por Puertollano y Córdoba



Comentarios a un viaje del Colegio "San Francisco de Paula"

Por ANTONIO HERRERA GARCIA,
Catedrático de Geografía e His-
toria del Instituto «L. Hervás y
Panduro» de Cuenca.

LA excursión escolar que vamos a comentar se realizó, entre el 18 y 25 de marzo, por un grupo de unos cincuenta alumnos de los cursos superiores de Bachiller del Colegio «San Francisco de Paula», de Sevilla, encabezados por el propio director del Centro, don Luis Rey Guerrero, y por el autor de estas líneas como profesor de Geografía e Historia de aquellos alumnos.

Lógicamente no vamos a extendernos en estos comentarios sobre las particularidades detalladas de los paisajes geográficos que atravesamos, ni sobre las vicisitudes históricas sufridas por las ciudades que formaban las etapas de nuestra excursión, ni sobre las peculiaridades artísticas de los monumentos de los centros industriales que vimos o el funcionamiento y característicos. Todo esto o es en gran parte cosa sabida o puede encontrarse fácilmente en guías de turismo, enciclopedias o folletos descriptivos, y éste tampoco es lugar para componer un largo poema en prosa donde se canten las excelencias de Natura y Arte.

Nuestras miras van sobre todo encaminadas a llamar la atención sobre una, de entre tantas, rutas para un

viaje de este tipo, sobre los aspectos más interesantes dentro de esta ruta y qué lugares resultan más provechosos y factibles de visitar en ella, su acomodación a un período relativamente corto de tiempo que, en caso de hacerlo coincidir con un par de días de fiesta, resta escasísimos días de clase y, tratándose de una ruta *grosso modo* circular, patentizar la posibilidad de emprenderse desde cualquier Centro de Enseñanza que se encuentre situado en no importa qué punto de su recorrido. Con respecto a ello hay que hacer notar que, como la excursión aquí comentada se hizo tomando Sevilla como punto de partida, esta ciudad no queda incluida en nuestro relato como lugar de visita; en cualquier otro caso lo sería —y muy importante, por cierto—, eliminándose, en cambio, la localidad que para cada Centro supusiese el principio y final del viaje. Una última aclaración previa es que únicamente es posible hacer una excursión de las características que comentamos en un autocar alquilado al efecto, pues no hay manera de ajustarse a los horarios preestablecidos de las líneas regulares, de autobuses o ferroviarias, sin una pérdida considerable de tiem-

po, así como también es casi imprescindible tener concertados de antemano los lugares de manutención y alojamiento para todo el grupo.

Nuestro itinerario fue el siguiente: Sevilla - Granada - Murcia - Cartagena - Madrid - Toledo - Puertollano - Córdoba - Sevilla; realizado en ocho días, no dejó de ser, como fácilmente puede suponerse, para los profesores sobre todo, una especie de suave paliza, pero al fin y al cabo paliza.

El amanecer y la mañana del primer día —pues salimos de Sevilla cerca de las siete— nos proporcionaron, en las pantallas de las ventanas del autobús, una visión rapidísima, cinematográfica, de los pueblos del camino: la opulenta Osuna dominada por la Colegiata y el palacio de sus duques; la calcinada Estepa, con sus fábricas de deliciosos mantecados, las ruinas del castillo y sus desgañitados campanarios como agujas imantadas señalando un norte invariable; en un formidable cruce de caminos, Antequera, la que dió apellido a un rey, a cuya salida se encuentran tres de los dólmenes más importantes de España, el del Romeral, el de Viera y la cueva de la Menga; ya en el fértil valle del Genil, Loja, la ciudad de Aliatar, en una vega fresca y verde, delicia de moros y cristianos, donde se fabrican unos roscos exquisitos.

Cerca de las doce llegamos a Granada. Nos andaremos ahora con mucho cuidado al escribir, porque hablar de Granada es situarse en un terreno resbaladizo de doble pendiente por las que es facilísimo caer: una lleva rápidamente al tópico manoseado y admirativo, la otra a una cursilería insoporrible; nosotros no queremos, ya lo dijimos al principio, ni componer una minuciosa guía de turismo que describa piedra a piedra sus monumentos, ni

emular a los escritores-viajeros de principio de siglo que nos dejaron impresas sus descripciones en larguísimas hileras de frases ponderativas entre signos de admiración. Sencillamente vamos a decir cómo invertimos nuestro tiempo y dejar constancia de algunas de nuestras impresiones.

Al llegar, por necesidades de horario y aunque fuera empezar su recorrido artístico al revés, fuimos directamente a la Cartuja, archiejemplo barroco con buenas tallas de Mora, Duque Cornejo y otros, y, de allí, pasamos al Observatorio Sismológico adjunto, dirigidos por los jesuitas de la Facultad de Teología granadina.

Del Observatorio pasamos al Albaicín. Dos veces visitamos este antiguo barrio moro de Granada, una de día y otra anocheciendo: rotundamente preferimos la segunda forma de hacerlo porque parece que la luz de luna o de las estrellas en caprichosa combinación con el claroscuro de los faroles le sienta a este barrio maravillosamente y contribuye a aumentar lo que todos los de este tipo tienen de más interesante, su «duende», su misterio. No obstante, la visita a pleno sol es también sugestiva al pasear por esas «calles estrechas, dramáticas, escaleras rarísimas y desvencijadas, tentáculos ondulantes que se retuercen caprichosa y fatigadamente», con «las casas colocadas como si un viento huracanado las hubiera arremolinado así», según palabras de Lorca. En lo más alto del Albaicín, en la plaza de San Nicolás, se hace más formidable eso que en Granada es moneda corriente: el bellissimo paisaje y la encantadora perspectiva desde cualquier punto en que nos hallemos; desde esta plaza se tiene bajo la mirada todo el laberíntico Albaicín, en el fondo el Darro desapareciendo bajo verdes es-

condites, a la derecha Granada con el impresionante telón de fondo de Sierra Nevada y

«... enfrente, los torreones encantados de la Alhambra.»

A la Alhambra y el Generalife estuvo dedicada la tarde de este mismo día. Entrar en la Alhambra es situarse, de pronto, en otros tiempos y en otra civilización; y esta sensación que nos invade, y que ya comienza desde que se penetra en el bosque que conduce a la alcazaba-palacio, es tan poderosa que nos sume en tal disposición de ánimo que aceptamos como la cosa más natural del mundo que las rosas de los jardines del Partal no son sino suspiros de reinas moras que amaron mucho, que murieron amando, y que en los surtidores del Patio de los Leones o del Generalife, o en el tranquilo estanque del patio de los Arrayanes, no hay juegos de agua, sino «pasión del agua, agonía del agua», que nos oculta «el misterio trágico de su drama íntimo». Junto al preciosismo de la Alhambra la serenidad clásica del palacio de Carlos V, formidable e inacabado como la obra del propio Emperador, nos devuelve a nuestro mundo y civilización.

En las primeras horas de la noche asistimos a una fiesta gitana en el Sacromonte —«¡Oh, ciudad de los gitanos! ¡Quién te vio y no te recuerda?»—. Pese a lo mercantilizada que se halla ya esta manifestación folklórica, hay algo en estos gitanos que bailan que se escapa de las tarifas, algo que, en el torbellino de un tangullo o de unas bulerías o en la tranquilidad ritual de una zambra, les hace olvidarse de lo que cobran y de aquéllos que los están contemplando para entregarse por completo al placer casi litúrgico de su danza.

La mañana del segundo día la dedi-

camos a la visita a la Catedral y a la Capilla Real, con esa maravillosa colección de pinturas que fueron propiedad de la Reina Católica cuya contemplación proporciona un inolvidable deleite —uno más— de la estancia en Granada. Algo después de las doce decíamos adiós a esta ciudad y emprendíamos el camino de Cartagena y, a medida que el autobús nos alejaba de aquélla, venían más insistentemente a nuestro recuerdo los versos de aquel estupendo granadino, Angel Ganivet, que, desde Finlandia, suspiraba:

*«Yo me llevé unruiseñor
lejos, muy lejos de España,
y a cantar de mí aprendió
¡quiero vivir en Granada!»*

El camino entre Granada y Murcia era triste: cruzábamos la España sedienta, la España terriblemente seca del sureste, las porciones septentrionales de las provincias de Granada y Almería, donde las hoyas —Guadix (¿cómo pensará la gente que vive en cuevas?), Baza, Vélez-Rubio— eran a modo de verdaderos oasis en medio de un paisaje desértico donde sólo se veían algún matorral y unos pocos árboles que luchaban desesperadamente por seguir viviendo. A partir de Lorca, ya en la cuenca del Sangonera, el paisaje cambiaba totalmente y se hacía un prodigio de verdor, extendido hasta Murcia por la ribera del Segura. En Murcia sólo estuvimos unas cuatro horas que empleamos en dar una vuelta por el centro, dar un vistazo a la Catedral y cenar. A las once y media de la noche llegábamos a Cartagena con unas ganas inmensas de coger la cama.

Tercera jornada. Toda la mañana se dedicó a la factoría de Escombreras; primero, la central térmica, de considerable capacidad de producción, impresionante sobre todo por cierta armonía de tipo funcional y por una

limpieza que no se espera (produce energía eléctrica a base de fuel-oil que le proporciona la inmediata refinería). Después ésta, la refinería de petróleos, único ejemplar importante de la Península, donde, además de las enseñanzas de tipo técnico que adquirieron los alumnos, tuvimos ocasión de registrar una extensísima gama de malos olores.

Por la tarde paseamos a la orilla del magnífico puerto natural cartagenero, nos enteramos de que los cirios de su Semana Santa, antes eléctricos, utilizaban ahora el gas butano —algo incomprensible para los sevillanos— y, como el tiempo era desapacible, nos metimos en un cine cualquiera.

Toda la noche la pasamos en el autobús, camino de Madrid: posturas incómodas, torticolis, retazos inquietos de sueño, desvelos ante nombres alejados por docenas de kilómetros: Cieza, Albacete, La Roda, Alcázar, Aranjuez... Habíamos salido de Cartagena a las once de la noche y llegábamos a Madrid a las ocho de la mañana del cuarto día del viaje. Madrid nos proporcionó aquel día, junto con una visita al Museo del Prado por la mañana, poco aprovechada debido al cansancio del viaje, la delicia de un baño regenerador, el placer de una profunda siesta y el disfrute de la comedia de Lope «El anzuelo de Fenisa».

La excursión del quinto día a El Escorial se vio entorpecida por un desagradable tropiezo con un Renault en el cruce de Galapagar; esto nos impidió ver todas las dependencias del monasterio —por ejemplo, la sala capitular—, hizo que efectuásemos la visita demasiado de prisa y nos frustró el alargarnos hasta Cuelgamuros, como pensábamos. De El Escorial les gustó, sobre todo, a los alumnos el templo, por su monumentalidad que no impe-

dió una sabia armonización de proporciones, y las habitaciones de Felipe II, donde aún parecía flotar el espíritu del Prudente. De vuelta a Madrid, aún pudimos dar unos paseos y, después de cenar, asistir a otra representación teatral moderna («Inquisición», de Diego Fabri).

Sexta jornada: Toledo. Por cualquier puerta que se penetre en Toledo se traspasa, no sólo un umbral físico, sino también un umbral en el tiempo: se ha pasado a otro siglo.

Antes de traspasar ningún umbral visitamos ese brote clásico purista, en pleno plateresco aún, que es el hospital de Afuera, con el sepulcro del cardenal Tavera, su fundador, obra de Berruguete, terriblemente mutilado, y su hermoso patio de serenas y exquisitas proporciones. Después, para entonarnos, marchamos por el paseo de ronda, extramuros, desde la puerta de la Bisagra a la del Cambrón y, por ésta, entramos en Toledo. La capital de los visigodos no se da de buenas a primeras al visitante, como lo hace Granada, sobre todo si éste no viene algo preparado; pero una vez que se ha comprendido a Toledo, ésta nos proporciona deleite tras deleite y termina por cautivarnos completamente haciéndonos gozar hasta de sus más pequeños rincones, de sus más escondidas piedras. Tras la puerta del Cambrón, San Juan de los Reyes, maravilloso encaje de piedra, con uno de los claustros más hermosos de España en lamentable abandono. Luego Santa María la Blanca y el Tránsito, espléndidas muestras del arte hispano-judío, y la Catedral. En la Iglesia primada se puede explicar un curso completo de Historia del Arte con ejemplos a la mano de casi la totalidad de escuelas y estilos, desde algún capitel o fuste romano o hispanovisigodo hasta los

Baza



Orgaz



retratos de los últimos arzobispos toledanos y desde un edificio que comprendía toda una serie de siglos del construir español hasta las más afiligranadas exquisitices de la orfebrería más rica: tal es su extraordinaria riqueza artística; en su sacristía-museo uno termina de perder el sentido del tiempo ante el Apostolado del Greco, verdaderos retratos espirituales de aquellos locos de amor divino, ante el *Expolio* o las deliciosas miniaturas de la Biblia de San Luis.

Por la tarde, ya poseídos por completo por el encanto de la Ciudad imperial, visitamos la casa-museo del Greco y la iglesia de Santo Tomé para sumergirnos frente al «Entierro del señor de Orgaz». Un chapuzón nos hizo ver el cielo de Toledo con las mismas nubes densas y pesadas que Doménicos llevó a sus lienzos singulares. Después de catar unos cuantos mazapanes toledanos, tan imperiales como todo allí, partimos para Puertollano a eso de las seis de la tarde.

Pasando por Orgaz, con el castillo de los señores que deben a un pintor el que se les conozca universalmente, entramos en Ciudad Real por la puerta de Toledo y sólo estuvimos en esta ciudad unos treinta minutos para estirar un poco las piernas por las calles céntricas que paseaban los «ciudadanos reales», reemprendiendo el camino a continuación y alcanzando Puertollano, a las nueve y media pasadas, con ganas de comer y de emplearnos en un particular mano a mano con la cama.

Lógicamente casi todo el séptimo día estuvo dedicado a la visita para la que expresamente habíamos llegado a este pueblo: el complejo industrial Calvo Sotelo, del Instituto Nacional de In-

dustria. Es realmente interesante esta reunión de factorías que, trabajando sobre la base de las pizarras bituminosas de la región, extraen una serie de productos como gasolina, lubricantes, parafinas y, con la adición de otros productos de fuera, fabrican otra serie de ellos como abonos nitrogenados, amoníacos, etc. Poderosamente llamó nuestra atención el contemplar por vez primera en una de las dependencias de aquel complejo el aire líquido, que se nos mostraba en ebullición a una «porrada» de grados bajo cero, hasta tal punto que, introduciendo un tubo de goma en el recipiente que nos lo trajeron, tomaba aquél la fragilidad del vidrio y, derramado en el suelo, tardaba muy pocos segundos en volver a su natural estado gaseoso. En otra dependencia, donde se encontraba un enorme triturador para la preparación de abonos, era tal el ruido que la voz humana quedaba anulada por completo; curiosísima, aunque científicamente menos importante, era la sección de envasado.

A las cinco y media de la tarde salíamos de Puertollano y, por Calzada de Calatrava, desembocábamos a la altura de Almuradiel a la carretera general Madrid-Cádiz. Ya entre dos luces pasamos Despeñaperros, hicimos una breve parada en Bailén y, a la diez y media largas, entrábamos en Córdoba; tras la cena todavía hubo fuerzas para dar una vuelta por la «Córdoba callada», con su especial y deliciosa resonancia.

La última mañana de la excursión la dedicamos a visitar la Mezquita y barrios típicos cordobeses, emprendiendo luego la postrera etapa del viaje que rendíamos bajo la Giralda cerca de las dos de la tarde. Habíamos recorrido unos mil setecientos kilómetros.